

Castillo, en Val de Tevere, y las que en Romaña tenía Juan Francisco de Tolentino, para favorecer á los Pazzi, estaban ya en camino de Florencia, pero, al saber el fracaso de la conspiración, volvieron atrás.

X. No habiendo ocurrido el cambio de gobierno en Florencia, como el Papa y el Rey deseaban, determinaron éstos conseguir por medio de la guerra lo que no habían alcanzado con la conjuración, y ambos movieron sus ejércitos con grande actividad para atacar el Estado de Florencia, diciendo que sólo aspiraban á derribar á Lorenzo de Médicis, el único florentino que consideraban enemigo.

El ejército del Rey había pasado el Tronto, y el del Papa estaba en el Perusino.

Para que los florentinos sintieran, además de los perjuicios temporales, los espirituales, el Papa excomulgó y maldijo á Florencia.

Viendo los florentinos venir contra ellos tantas tropas, se prepararon activamente á la defensa, y antes que todo quiso Lorenzo, puesto que la guerra, según se decía, iba contra él, reunir en el Palacio con la Señoría á los ciudadanos más notables, en número de más de trescientos, á quienes habló de esta suerte:

«No sé, excelsos Señores é ilustres ciudadanos, si sentir con vosotros lo que ocurre ó alegrarme; y en verdad, cuando veo con cuánta perfidia y furor se me ataca, y á mi hermano muerto, no puedo evitar que la tristeza embargue mi espíritu, y el alma y el corazón me duelan. Pero si considero la prontitud, eficacia y cariño, la unanimidad con que los florentinos han vengando á mi hermano y me han defendido, no sólo quedo satisfecho, sino orgulloso y entusiasmado.

»Si la experiencia me ha hecho conocer, en verdad, que tenía en Florencia más enemigos de los que pensaba; también me ha demostrado tener más fervientes y calurosos amigos de los que creía. Duélome con vosotros de las ofensas de otros, y celebro vuestra adhesión; pero lamento más las injurias, por lo inauditas y no merecidas.

»Considerad, magníficos ciudadanos, á que términos había conducido nuestra casa la mala fortuna, que ni rodeada de parientes y amigos y dentro de la iglesia estaba segura. Los que temen por su vida suelen acudir á sus amigos, á sus parientes demandándoles socorro, y nosotros los encontramos armados para nuestra destrucción. Acostumbran á refugiarse en las iglesias los que por motivos públicos ó privados se ven perseguidos y, donde los demás son defendidos por la santidad del lugar, nosotros somos muertos; donde los parricidas y asesinos están seguros, los Médicis encuentran quien les mate.

»Pero Dios, que jamás en lo pasado abandonó nuestra casa, nos ha salvado, tomando la defensa de nuestra justa causa.

»¿Qué injuria habíamos hecho á alguno que mereciera tanto deseo de venganza? Á los que se han mostrado tan enemigos nuestros ni siquiera privadamente les ofendimos, porque, si lo hubiésemos hecho, no les fuera tan fácil atacarnos. Si nos atribuyeran abusos de carácter público y que algunos les afectaran personalmente, cosa que ignoro, más ofenderían á vosotros que á nosotros; más á este Palacio y á la majestad de este gobierno que á nuestra casa, demostrando que, por nuestra influencia, ofendéis inmerecidamente á los ciudadanos, lo cual se

aparta por completo de la verdad, porque, aun pudiéndolo hacer nosotros y queriéndolo vosotros, no lo hubiésemos hecho.

»Quien averigüe la verdad sabrá que nuestra casa ha sido siempre tan considerada por vosotros no por otra razón sino por lo que se ha esforzado en ser humana y liberal y en vencer á todos con beneficios. Habiendo honrado siempre á los extranjeros, ¿cómo habíamos de injuriar á nuestros parientes?

»Si les indujo al atentado el deseo de dominar, como lo demuestra la ocupación del Palacio y el traer á la plaza gente armada, lo absurdo, ambicioso y abominable de su propósito por sí mismo queda demostrado. Si lo hicieron por envidia y odio á nuestra autoridad, á vosotros y no á nosotros ofendieron, porque de vosotros la recibimos.

»Merece, en verdad, ser odiado el poder que los hombres usurpan, no el que por liberalidad, bondad y magnificencia ejercen, y bien sabéis que nuestra casa no se engrandeció nunca sino por la voluntad de la Señoría y por el unánime consentimiento vuestro. No volvió del destierro mi abuelo Cosme por medio de las armas y la violencia, sino con unánime consentimiento vuestro. Mi padre, anciano y enfermo, no podía defenderse contra tantos enemigos, pero vosotros con vuestra autoridad y benevolencia le defendisteis. No hubiese podido yo mantener la influencia de mi casa, siendo todavía casi un niño, sin los consejos y el favor vuestro. Ni hubiese podido ni podría dirigir mi familia esta República si, unidos á ella, no la dirigieseis vosotros.

»Ignoro qué motivo tenga el odio de ellos contra nosotros ó qué justa razón su envidia. Odien en buen hora

á sus antecesores que, por su soberbia y avaricia, les privaron de la autoridad; pero no á los que hemos sabido por los medios contrarios, ganarla.

»Pero concedamos que hubieran recibido de nosotros grandes ofensas y que con razón desearan nuestra ruina. ¿Por qué venir á atacar este palacio? ¿Por qué aliarse con el Papa y con el rey de Nápoles contra la libertad de esta República? ¿Por qué alterar la larga paz de Italia? En esto no tienen excusa alguna, porque debían dañar á quien les dañara, y no confundir las enemistades privadas con los atentados de carácter público. De aquí resulta que, muertos ellos, nuestras desdichas son mayores, porque, por su culpa, el Papa y el rey de Nápoles nos declaran la guerra, asegurando que sólo la hacen á mí y á mi casa. Dios quisiera que fuese cierto, porque el remedio sería pronto y seguro, no siendo yo tan mal ciudadano que tuviera en más mi salud que vuestro peligro, el cual disiparía de buen grado con mi propia ruina. Pero los poderosos disfrazan siempre sus injusticias con algo que parezca justo, y á este recurso apelan nuestros enemigos para encubrir su injustificada agresión.

»Sin embargo, si creéis otra cosa, en vuestras manos me pongo; podéis defenderme ó abandonarme. Sois mis padres, sois mis defensores, y lo que mandéis que haga lo haré siempre de buen grado. Resuelto estoy, si lo juzgáis útil, á que esta guerra que ha empezado con la muerte de mi hermano, acabe con la mía.»

Los ciudadanos, mientras Lorenzo hablaba, no podían contener las lágrimas, y con igual sensibilidad que fué oído le contestó uno de ellos por encargo de los demás, diciéndole que Florencia estaba reconocida á sus servicios y á los de los suyos; que desechara todo temor, pues

lo mismo que habían vengado á su hermano muerto, conservando á él la vida, le conservarían la autoridad y el poder mientras pudieran defender la patria. Para que las obras confirmaran las palabras, destinaron á la guarda personal de Lorenzo de Médicis cierto número de hombres armados á fin de que le defendieran de las emboscadas interiores.

XI. Proveyóse en seguida á la guerra, reuniendo gente y dinero en la mayor cantidad que podían. Pidieron auxilio, en virtud de la alianza que con ellos tenían, á los venecianos y al duque de Milán, y puesto que el Papa se convertía de pastor en lobo, para no ser devorados como culpables, procuraban por todos los medios justificarse de los cargos que aquél les dirigía. En toda Italia le acusaron de traición contra su gobierno, de impiedad y de injusticia, demostrando que ejercía mal el pontificado, adquirido por malos medios, puesto que enviaba á los hombres nombrados por él para las primeras prelacias, en compañía de traidores y parricidas á cometer en la iglesia crimen tan atroz como lo era el asesinato, durante los oficios divinos, y cuando se celebraba el santo sacrificio; y que, después de esto, porque no se pudo asesinar á los ciudadanos, cambiar el gobierno de la ciudad, y saquear ésta, según su deseo, la excomulgaba y con maldiciones pontificias la amenazaba y ofendía. Pero siendo Dios justo y desaprobando las violencias, debían desagradarle las de su Vicario y permitir á los ofendidos recurrir á Él, puesto que no podían hacerlo al Pontífice.

Por tanto, los florentinos ni recibieron la excomunión, ni se sometieron á ella, sino que obligaron á los sacerdotes á celebrar los divinos oficios; reunieron un concilio

en Florencia con todos los prelados toscanos que obedecían la autoridad de la República, y en él apelaron, de las ofensas que les hacía el Papa, al futuro Concilio general.

No faltaban al Papa razones para justificar su causa, alegando que era misión de los Pontífices destruir las tiranías, perseguir á los malos, ensalzar á los buenos, cosas todas á que se debe atender con remedios oportunos; que no correspondía á los príncipes seculares detener á los cardenales, ahorcar á los obispos, matar, desuartizar y arrastrar á los sacerdotes, y asesinar sin distinción á inocentes y culpados.

XII. Entre tantas acusaciones y querellas, los florentinos entregaron al Pontífice el cardenal que tenían en su poder. Entonces Sixto IV mandó atacarles con todas sus fuerzas y las del rey de Nápoles.

Entraron los dos ejércitos, al mando de Alfonso, primogénito del rey Fernando de Nápoles y duque de Calabria, y de Federico, conde de Urbino, en el Chianti, por las tierras de los de Siena, que eran del partido enemigo; ocuparon á Radda y otras plazas, y devastaron la comarca, trasladando después su campamento á la Castellina.

Al saber esta invasión temieron mucho los florentinos, por estar sin tropas y proceder con suma lentitud los aliados; pues aunque el duque de Milán les enviara socorro, los venecianos negaron estar obligados á auxiliarles en casos de índole privada, y alegaban que, promovida la guerra contra particulares, no debían mezclarse en ella, porque las enemistades privadas no se defendían públicamente.

Á fin de que los venecianos reformaran su opinión

en buen sentido para Florencia, enviaron los florentinos por embajador á Tomás Soderini y, mientras tanto, tomaron gente á sueldo y nombraron general de su ejército á Hércules, marqués de Ferrara.

Durante estos preparativos, el ejército enemigo redobló sus esfuerzos de tal modo contra Castellina, que los habitantes, desesperados de socorro, se rindieron después de cuarenta días de sitio. De dicho punto dirigiéronse hacia Arezzo y acamparon en Monte San Sabino.

Ya estaba en orden el ejército florentino y, yendo en busca del enemigo, se había colocado á tres millas de distancia, molestándole tanto, que Federico de Urbino pidió tregua por algunos días; le fué concedida, con tanta desventaja para los florentinos, que los mismos que la pidieron se admiraron de obtenerla, porque, de lo contrario, se veían precisados á vergonzosa retirada. Pero aprovechando aquellos días para reorganizarse, terminada la tregua, se apoderaron á la vista de los florentinos de Monte San Sabino.

Llegado el invierno, los enemigos se retiraron para invernar cómodamente al territorio de Siena. Los florentinos ocuparon alojamientos más cómodos que los que tenían, y el duque de Ferrara, sin haber hecho nada de provecho para sí ni para los demás, volvió á sus Estados.

XIII. En este tiempo se rebeló Génova contra el dominio de Milán por los motivos siguientes. Muerto Galeazzo, y quedando Juan Galeazzo su hijo en edad inhábil para el gobierno, nacieron discordias entre sus tíos Luis, Octavio y Ascanio Sforza, y su madre Bona, porque cada cual deseaba la curatela del joven Duque.

Consigniéndola la anciana duquesa Bona por los consejos de Tomás Soderini, que era embajador de los florentinos en Milán, y de Ciccio Simonetta, secretario que fué de Galeazzo.

Huyendo por esto los Sforza de Milán, Octavio se ahogó al pasar el Adda, y los otros fueron confinados á diversos puntos, como también Roberto de San Severino que, en aquellas circunstancias, se apartó de la Duquesa para ponerse del lado de los Sforza.

Ocurrieron después los desórdenes de Toscana y aquellos príncipes, que esperaban tener por los nuevos sucesos mejor fortuna, quebrantaron el confinamiento, intentando cada uno cosas nuevas para recobrar su antigua posición.

Al ver el rey Fernando, que sólo el ducado de Milán socorría á los florentinos en su apuro, para privar á Florencia hasta de dicho socorro, determinó dar que pensar tanto á la Duquesa dentro de sus propios Estados, que no pudiera auxiliar á los otros, y por medio de Próspero Adorno, de Roberto de San Severino y de los rebeldes Sforzas realizó la sublevación de Génova.

Quedaba sólo en poder de los milaneses el Castelletto y, confiando en él, la Duquesa envió bastantes tropas para recuperar la ciudad, pero fueron derrotadas.

En vista del peligro que podía ocasionar este accidente á la dominación del joven Duque, y á ella la continuación de aquella guerra, estando la Toscana invadida, y los florentinos, de quienes únicamente esperaba auxilio, empeñados en la guerra, determinó, ya que no podía tener á Génova como súbdita, tenerla como amiga, y convino con Battistino Fregoso, enemigo de Próspero Adorno, darle el Castelletto, y hacerle Señor de Génova,

con tal que expulsara á Próspero y no favoreciera á los rebeldes Sforza. Hecho este convenio, Battistino, con la ayuda del Castelletto y de su partido, se apoderó de Génova, y, según la costumbre, fué proclamado dux. Los Sforza y Roberto de San Severino, expulsados de Génova, vinieron con la gente que les seguía á la Lunigiana.

Por haber cesado las discordias en Lombardia, aprovecharon el Papa y el rey de Nápoles la ocasión de la llegada de los expulsados de Génova, para perturbar con ellos la Toscana por la parte de Pisa, á fin de que los florentinos, dividiendo sus fuerzas, se debilitaran. Para ello y por haber pasado ya el invierno, decidieron que Roberto de San Severino partiese con su gente de la Lunigiana, invadiendo la comarca de Pisa. Roberto cometió grandes destrozos, tomando y saqueando muchos castillos y devastando el país hasta llegar á los muros de Pisa.

XIV. Vinieron por entonces á Florencia embajadores del Emperador, del rey de Francia y del de Hungría, enviados por estos Monarcas al Papa, y aconsejaron á los florentinos que enviaran también una embajada al Pontífice, prometiendo ayudarles eficazmente para que una paz honrosa pusiera término á aquella guerra. No se negaron los florentinos á hacer esta prueba, para demostrar á todo el mundo que, por su parte, deseaban la paz.

Fueron los embajadores, y volvieron sin convenir nada, por lo cual los florentinos, para apoyarse al menos en la fama del rey de Francia, ya que los italianos unos les ofendían y otros les abandonaban, enviaron por embajador á aquel Rey á Donato Acciajuoli, hombre sapientísimo en literatura griega y latina, y cuyos antepa-

sados habían desempeñado elevados cargos en Florencia; pero cuando iba á Francia, al llegar á Milán, murió. Para recompensar á su familia y honrar su memoria, por cuenta del Estado se le hicieron ostentosos funerales, concediendo exenciones á los hijos y dote conveniente á las hijas. En reemplazo de Acciajuoli enviaron como embajador al Rey á Guido Antonio Vespucci, persona peritísima en derecho civil y canónico.

La invasión de Roberto de San Severino en la comarca de Pisa, como todos los sucesos inesperados, perturbó bastante á los florentinos; porque, teniendo por la parte de Siena gravísima guerra, no veían cómo defender el territorio de Pisa. Enviaron, sin embargo, oficiales, provisiones y otros medios de defensa á Pisa.

Para mantener en la fidelidad á los de Luca, á fin de que no suministraran al enemigo dinero ó víveres, Pedro de Gino, hijo de Neri Capponi, fué como embajador de Florencia, recibéndole los de Luca con tanta prevención, por el odio de aquella ciudad al pueblo florentino, hijo de antiguas ofensas y continuo temor, que estuvo muchas veces en peligro de ser muerto por las turbas, de suerte que su viaje, en vez de estrechar la amistad de ambas ciudades, dió ocasión á nuevos resentimientos.

Volvieron á llamar los florentinos al marqués de Ferrara y tomaron á sueldo al marqués de Mantua, pidiendo con grandes instancias á los venecianos á Carlos Braccio y á Deifebo, hijo del conde Jacobo, que al fin, y después de muchas vacilaciones, se los concedieron, porque habían pactado tregua con el Turco y, no teniendo por tanto excusa para dejar de cumplir los deberes que les imponía la alianza, se avergonzaron de negarlo.

Vinieron, pues, el conde Carlos Braccio y Deifebo con buen número de hombres de armas, y añadieron todas las tropas que pudieron adquirir del ejército que á las órdenes del marqués de Ferrara hacia frente al del duque de Calabria. Dirigiéronse hacia Pisa en busca de Roberto de San Severino que, con su gente, estaba junto al río Serchio, y aunque aparentó querer esperar nuestro ejército, no lo aguardó, retirándose á la Lunigiana y á los mismos alojamientos que tenía cuando salió de allí para la comarca de Pisa. Después de su partida el conde Carlos recobró todas las poblaciones que en el territorio de Pisa había ocupado el enemigo.

XV (1479). Libres los florentinos de enemigos por la parte de Pisa, pusieron todas sus tropas entre Colle y San Gimignano. Pero habiendo en aquel ejército, por la llegada del conde Carlos, soldados que fueron de Sforza y otros de Braccio, renacieron las antiguas enemistades entre ellos, y se temía que, de estar mucho tiempo reunidos, vinieran á las manos. Por menor mal, se determinó dividir el ejército, y mandar una parte de él á las órdenes del conde Carlos al Perusino, y la otra situarla en Poggibonzi, donde hiciera fuerte atrincheramiento para impedir al enemigo entrar en la comarca florentina.

Calcularon también que esta división de fuerzas obligaría además al enemigo á dividir las suyas, porque creían que el conde Carlos ocuparía á Perusa, suponiendo tenía allí muchos partidarios, ó que el Papa se viera precisado á enviar numerosas tropas para defenderla. Ordenaron además, para poner en mayor aprieto al Papa, que Nicolás Vitelli, expulsado de Ciudad del Castillo, donde mandaba su enemigo maese Lorenzo, se acercara con tropas á la plaza, procurara arrojar de allí

á su adversario y separar la plaza de la obediencia á la Santa Sede.

Al principio pareció que la fortuna quería favorecer á los florentinos, porque el conde Carlos hacia grandes progresos en el territorio de Perusa; y aunque Nicolás Vitelli no había podido entrar en Ciudad del Castillo, dominaba la comarca con sus tropas, haciendo presas hasta junto á la población sin que nadie se le opusiera. Los que estaban en Poggibonzi hacían diariamente correrías hasta los muros de Siena.

Todas estas esperanzas quedaron al fin vanas. Primeramente el conde Carlos, cuando más se confiaba en el resultado de sus victorias, murió. Su muerte, sin embargo, hubiera mejorado la situación de los florentinos si supieran aprovecharse de la victoria que ocasionó, porque, al saber la muerte del Conde, el ejército pontificio, que se había concentrado en Perusa, esperando vencer al florentino, salió inmediatamente á campaña, situándose junto al lago, á tres millas del enemigo. Por su parte, Jacobo Guicciardini, Comisario en aquel ejército florentino, de acuerdo con Roberto de Rimini, que sucedió al conde Carlos en el mando de las tropas y era el jefe de mayor importancia, sabida la causa de la presunción de los enemigos, determinó esperarles. Vinieron ambos ejércitos á las manos junto al lago donde antiguamente el cartaginés Anibal alcanzó el memorable triunfo contra los romanos y quedó derrotado el pontificio.

Esta victoria produjo grande alegría en Florencia, siendo muy elogiados los jefes y, además de suceso glorioso, hubiera sido útil á la causa de la República, de no perturbarlo todo los desórdenes ocurridos en el ejército de Poggibonzi. El bien que hizo uno de los ejércitos lo

destruyó el otro completamente porque, habiendo cogido botín en el territorio de los sieneses, por su reparto hubo discordia entre los marqueses de Ferrara y Mantua; acudieron á las armas; se prodigaron toda clase de ofensas, y llegaron á punto de que juzgaran los florentinos no poder valerse de ambos, consintiendo que el marqués de Ferrara con sus tropas volviera á su país.

XVI. Debilitado aquel ejército, que quedó sin general y gobernándose en todo desordenadamente, el duque de Calabria, que se encontraba con el suyo cerca de Siena, decidió acometerle, y sucedió lo que había pensado. Las tropas florentinas, al verse atacadas, no confiaron en sus armas, ni en su número, superior al del enemigo, ni en la posición ocupada, que era fortísima, pues sin esperar la llegada de sus adversarios, á la vista del polvo que levantaban en la marcha, echaron á correr, dejándoles las municiones, los carros y los cañones. Tanta era la cobardía y el desorden en los ejércitos de entonces, que el volver un caballo la cabeza ó la grupa decidía la victoria ó la pérdida de una batalla.

Esta victoria llenó de botín á los soldados del rey de Nápoles, y á los florentinos de espanto, porque su ciudad no sólo estaba afligida por la guerra, sino por una peste gravísima tan extendida en Florencia, que los ciudadanos, huyendo de la muerte, se habían retirado á sus casas de campo. Hizo la derrota más espantosa el ver acudir á Florencia á los que tenían sus posesiones en Val di Pesa y Val d'Elsa, llevando consigo sus hijos y efectos, y hasta los cultivadores de las tierras. Parecía temerse á cada momento que se presentara el enemigo á las puertas de la ciudad.

Los nombrados para dirigir la campaña, viendo este

desorden, ordenaron á las tropas victoriosas en el Perusino dejar aquella empresa contra Perusa y venir á Val d'Elsa, para hacer frente al enemigo que, después de la victoria, sin obstáculo alguno recorría el país.

Aunque tenían de tal suerte sitiada á Perusa que de un momento á otro esperaban tomarla, prefirieron los florentinos defender lo suyo á ocupar lo ajeno, tanto, que aquel ejército, apartándole de la tierra de sus triunfos, fué conducido á San Casciano, castillo á ocho millas de Florencia, y opinaban que no se podía contrarrestar al duque de Calabria hasta reunir las reliquias del ejército derrotado.

Por su parte los enemigos que quedaron libres en Perusa por la partida de las tropas florentinas, cobrando ánimo, hacían diarias correrías por el Aretino y el Cortones, cogiendo botín; y los que á las órdenes de Alfonso, duque de Calabria, habían vencido en Poggibonzi, se apoderaron primero de este pueblo, después de Vico, saquearon á Certalo, y hechas estas conquistas y presas fueron á acampar junto al castillo de Colle, que entonces era considerado fortísimo. Por ser su guarnición fiel al gobierno florentino, esperaba éste que contuviera al enemigo hasta reunir los dispersos del ejército derrotado.

Concentradas las tropas florentinas en San Casiano, y expugnando los enemigos con toda su fuerza á Colle, determinaron acercarse á esta plaza para animar á la defensa á su guarnición y para que los sitiadores se contuvieran en el ataque, teniendo al adversario tan cerca.

Tomado este acuerdo, levantaron el campo de San Casciano y lo pusieron en San Giminiano, á cinco millas de Colle, desde donde con caballería y soldados li-

geros diariamente molestaban el campamento del Duque. Pero á los de Colle no era bastante este socorro, porque les faltó lo necesario y se rindieron el 1.º de Noviembre, con disgusto de los florentinos y grandísima alegría del enemigo, sobre todo de los sieneses que, además del odio que profesaban á los florentinos en general, lo tenían muy especial á los de Colle.

XVII. El rigor del invierno era grande y el tiempo malísimo para la guerra, tanto, que el Papa y el rey de Nápoles, ó por querer dar esperanzas de paz, ó para gozar tranquilamente de la victoria alcanzada, ofrecieron tregua á los florentinos por tres meses, y dieron término de diez días para saber la respuesta, siendo aquella aceptada inmediatamente.

Pero como sucede siempre que las heridas abiertas duelen más cuando se enfrían que cuando se reciben, este breve descanso dió á conocer á los florentinos la extensión de sus desdichas, y los ciudadanos se acusaban públicamente y sin consideración unos á otros, manifestando los errores cometidos en la guerra, mostrando los gastos hechos inútilmente y las contribuciones injustas; de cuyas cosas no sólo en círculos privados, sino en las sesiones de los Consejos, se discutía con calor. Y tanto atrevimiento tuvo uno que, dirigiéndose á Lorenzo de Médicis, le dijo: «La ciudad está fatigada y no quiere más guerra; necesario es, por tanto, pensar en la paz.»

Conoció Lorenzo esta necesidad; reunióse con los amigos que juzgaba más fieles y sensatos, y acordaron primeramente, en vista de la frialdad y escasa fe de los venecianos y de que el duque de Milán era un niño, y agitaban el Ducado discordias civiles, buscar con nuevos

amigos nueva fortuna, pero dudaban en qué manos ponerse, si las del Papa ó las del rey de Nápoles.

Examinada la cuestión, prefirieron la amistad del Rey, como más estable y segura; porque la brevedad de la vida de los Papas, las variaciones que hacen los sucesores, lo poco que la Iglesia teme á los soberanos temporales y la facilidad con que cambia de partido, hacen que los príncipes no puedan confiar completamente en el Pontífice, ni unir su fortuna á la del Papa. Quien en guerras y peligros es amigo de éste, tiene compañero en las victorias, pero no en los desastres, porque el poder espiritual sostiene y defiende siempre al Pontífice.

Acordado que lo más provechoso era ganarse la amistad del Rey, juzgaron por lo mejor y más seguro que fuese Lorenzo de Médicis á verle, porque cuanta mayor liberalidad se usara con el Rey, más fácil sería el remedio á las pasadas enemistades.

Determinado el viaje á Nápoles, recomendó Lorenzo los cuidados de la ciudad y de la República á Tomás Soderini, que era entonces Confaloniero de justicia. Al principio de Diciembre partió de Florencia y, al llegar á Pisa escribió á la Señoría el motivo de su viaje. Los Señores, por honrarle y para que pudiera tratar con más autoridad la paz con el Rey, le nombraron embajador del pueblo florentino, con poder para pactar las alianzas que creyera más provechosas á la República.

XVIII. Al mismo tiempo Roberto de San Severino, unido á Luis y Ascanio Sforza, porque Octavio, hermano de estos Sforza, había muerto, invadió de nuevo el ducado de Milán, á fin de apoderarse del gobierno. Ocupada Tortona, y estando en armas todos los milaneses, aconsejaron á la duquesa Bona que repatriase á

los Sforza para quitar pretexto de guerras civiles. El autor principal de este consejo fué Antonio Tassino, de Ferrara. Era Tassino de humilde origen y, cuando fué á Milán, se presentó al duque Galeazzo, quien le nombró ayuda de cámara de la Duquesa. Ó por la belleza de su cuerpo ó por cualquier otra secreta virtud, después de la muerte del Duque tuvo tanta influencia con la Duquesa, que casi gobernaba él solo el Ducado. Disgustaba esto á maese Cecco, persona de una prudencia y de una práctica consumadas, por lo cual, siempre que podía, procuraba disminuir la autoridad de Tassino con la Duquesa, y con los demás miembros del gobierno.

Tassino, que sabía esta conducta, para vengarse de Cecco y tener auxiliares contra él, aconsejó á la Duquesa abrir las puertas de la patria á los Sforza. Así lo hizo ésta, aceptando el consejo, y sin decir nada á Cecco.

Cuando éste lo supo la dijo: «Habéis tomado una determinación que me costará la vida, y á vos el Estado.»

Ambas cosas ocurrieron pronto. Luis Sforza hizo morir á Cecco, y poco tiempo después, expulsó del Ducado á Tassino, tanto indignó á la Duquesa esta última medida, que salió de Milán, renunciando en manos de Luis Sforza la curatela de su hijo el Duque.

Quedó, pues, Luis Sforza gobernador del castillo de Milán, y fué, como se demostrará, la causa de la ruina de Italia.

Iba Lorenzo de Médicis camino de Nápoles, y se acercaba el término de la tregua, cuando, sin que nadie lo esperara, Luis Fregoso, que estaba de acuerdo con algunos habitantes de Serezana, sorprendió con gente armada esta plaza, apoderándose de ella y prendiendo á los

que allí defendían la autoridad de Florencia. Este suceso desagradó sobremanera á los jefes del gobierno florentino, por creer que se debía á órdenes del rey de Nápoles, y se quejaron al duque de Calabria, que estaba con el ejército en Siena, por que, durante la tregua, les promoviesen nueva guerra. El Duque dió toda clase de seguridades, por cartas y embajadores, de que aquello había ocurrido sin consentimiento suyo, ni de su padre el Rey.

Pero los florentinos juzgaban su situación deplorable, por estar exhaustos de dinero, el jefe de la República en poder del rey de Nápoles; una guerra antigua con este Rey y con el Papa, una nueva con los genoveses y no contar con aliados; porque de los venecianos nada esperaban y el gobierno de Milán, por lo incierto é inestable, más bien les inspiraba temor que confianza. Su única esperanza consistía en las negociaciones de Lorenzo de Médicis con el rey de Nápoles.

XIX. Llegó á Nápoles por mar Lorenzo de Médicis, donde no sólo el Rey, sino toda la ciudad, le recibió con grandes honras y suma curiosidad; porque, promovida la guerra sólo por derribarle, la grandeza y poder de sus enemigos aumentaban su importancia. Al estar en presencia del Rey, habló de tal modo de las condiciones de Italia, del carácter de los príncipes y los pueblos, y de lo que se podía esperar de la paz ó temer de la guerra, que el Rey, después de oírle, quedó más maravillado de la grandeza de su ánimo, de la sagacidad de su ingenio y de la solidez de su juicio, de lo que estaba al verle sostener por sí solo el peso de tan gran guerra. Desde este momento le prodigó mayores honras y empezó á meditar tenerle en seguida más bien por amigo que por enemigo. Sin embargo, con diferentes pretextos le